



**POST:
EL SOLDADO**

**SEAN
BLACK**

SERIE BYRON TIBOR

Exhausto por años de combate, y perseguido por los fantasmas de su pasado, nada podrá impedir que Byron Tibor regrese a casa junto a la mujer que ama. Pero ¿es Byron quien aparenta ser y por qué el gobierno de los Estados Unidos está determinado a detenerlo?

Desde las colinas sangrientas del Hindu Kush a las brillantes luces de Manhattan, pasando por el bajo mundo de Las Vegas, *POST* es la historia de la lucha de un hombre por mantener su humanidad, antes de que sea demasiado tarde.

POST: EL SOLDADO

Sean Black

Para Lee

Estoy en la calle, frente a nuestro viejo apartamento. Los gases de los tubos de escape del tráfico de las últimas horas de la tarde y las hojas doradas de fines de otoño me llevan al pasado. Hace frío. Doy zapatazos en la acera tratando de calentar mis pies. Una mujer que pasea un perro pequeño enfundado en un pulóver de lana pasa a mi lado. Nuestros ojos se encuentran y ella desvía la mirada abruptamente, ondeando su cabellera dorada. En una ciudad en constante movimiento, estar quieto levanta sospechas, sobre todo cuando luces como yo.

Yo asusto a la gente. Ven algo en mis ojos. Al principio pensé que era muerte, pero no lo es. La muerte es una presencia, y lo que ellos ven en mí es ausencia.

Está oscureciendo. El último rayo de sol colorea el frente del edificio de un exquisito color miel dorada por unos minutos preciosos, mientras espero afuera. Me digo a mí mismo que he llegado muy lejos, he visto tantas cosas, que todo lo que me ha pasado me obliga a mantener mi posición. Debo verla otra vez. Una última vez.

«La humanidad no durará para siempre. Pero no veo por
qué no podemos disfrutar ser humanos por un tiempo
más».

Nicholas Aggar

CAPÍTULO 1

Bank of America, Santa Mónica, California Lewis

Cuando el hombre enfundado en una gastada chaqueta verde se acercó a su mostrador, Shawna Day movió su pie derecho hacia el botón de la alarma silenciosa situado en la alfombra, directamente bajo su caja. Aunque no parecía llevar arma alguna y no había hecho ningún esfuerzo por cubrirse la cara con algo más que la sombra de una barba, todo sobre él, desde la cabeza girando hacia los lados todo el tiempo hasta los hombros hundidos y los ojos mirando furtivamente en todas direcciones, todo su aspecto decía a gritos dos palabras: ladrón de bancos.

Ocultó su preocupación con un «¿En qué puedo ayudarle?» de manual. Shawna miró más atentamente al hombre del otro lado de la ventanilla de seguridad. Tendría unos veintitantos, aunque sus grasientas ojeras azuladas lo hacían parecer mayor. Su cabello estaba cortado al rape. Él volvió su cabeza hacia la izquierda, mirando sobre su hombro al único guardia de seguridad del banco. Shawna pudo observar una cicatriz roja en forma de semicírculo en la base del cráneo. El hombre sujetaba un sobre de Manila marrón. Tenía vendado el dorso de su mano izquierda, y había una costra roja de sangre sobre la gasa. Shawna sintió náuseas al ver la sangre y el sucio vendaje.

—¿Señor? —dijo ella, dirigiendo su atención hacia el sobre. Estaba abultado en las esquinas. Ella lo observó bus-

cando cables. Un tiempo atrás, un ladrón de bancos utilizó bombas falsas para cometer una serie de robos en el área metropolitana de Los Ángeles.

Por encima del hombro del extraño pudo ver al guardia de seguridad. El guardia tendría unos cincuenta años, de complexión algo fofa, no hablaba con nadie excepto con el gerente y se separaba del resto del personal para almorzar. Él también estaba vigilando al cliente. Ver que el guardia estaba atento la hizo sentir un poquito mejor respecto a sentimiento su paranoia.

El hombre levantó los ojos y su mirada se encontró con la de la cajera. Su boca se torció hacia arriba en una sonrisa forzada. Ella habría sentido lástima por él, de no haber sido por sus ojos. Las pupilas eran vacíos de negra obsidiana. Se enfocaban en un lado y luego en otro de la cara de la cajera, contrayéndose y expandiéndose una y otra vez, como la apertura del obturador de una cámara.

Era raro, extraño, pero no lo suficiente como para presionar el botón de alarma. Posiblemente el joven estuviese drogado, tal vez con PCP, la droga callejera menos suave. Pero eso no era de su incumbencia. Qué diablos, estamos en Santa Mónica. Sales a la calle y probablemente 75 por ciento de la población local estaba drogada con algo: niños usando Ritalina para estar tranquilos; profesionales con Adderall para ser más productivos; amas de casa con Valium y Pinot Noir; *baby boomers* flotando en una dulce nube de marihuana; y vagabundos como el tipo que tenía en frente, que quieren algo más fuerte a cambio de sus magros dólares.

El joven de los ojos de obturador aún no hablaba.

—Señor —dijo Shawna más firme, recordando que ni con la fuerza que daba un subidón de PCP podría atravesar la ventanilla de seguridad—. Hay gente esperando. ¿Me podría decir en qué lo puedo ayudar hoy?

El hombre respiró profundamente y bajó su mano lastimada, la izquierda, sosteniendo firmemente el abultado so-

bre con la derecha. Cerró los ojos y los volvió a abrir, su exhalación silbó entre sus blancos dientes, los que sugerían una vida diferente en el pasado. Shawna empezaba a desear que sacara un arma, sus ojos eran más escalofriantes que un robo.

En la fila, una madre rezongó a su hijo pequeño por clavarle su dedo regordete a su hermanita. La niñita, que estaba sujeta en su carrito de bebé, pateaba frustrada. El cajero al lado de ella contaba una pila de billetes de veinte para una mujer asiática. Solo el guardia de seguridad parecía demostrar algún interés por lo que estaba pasando en la ventanilla cuatro. Mientras, la pierna de Shawna empezaba a acalambarse por estar en una posición incómoda por encima del botón de alarma.

Finalmente, los labios del hombre se movieron. Tragó tan fuerte que ella pudo ver como se movía su nuez de Adán. Ella le sonrió, esperando una respuesta, algo, cualquier cosa.

—Está muy amarilla —dijo él, en una voz calmada y suave, como si lo que dijo fuera lo más natural del mundo.

CAPÍTULO 2

Al principio, Shawna no estaba segura de haber escuchado bien.

—¿Disculpe?

—La asusto. Cuando la gente se asusta se pone amarilla, ¿sabe? Como ese dicho «es un panza amarilla». Es porque tiene miedo. Ahora usted está asustada.

No, pensó ella, antes estaba asustada. Ahora estaba simplemente enojada.

¡Maldito loco! No, no era un ladrón de bancos después de todo. Tal vez fuera un chico que abandonó la universidad y que no tuvo mejor idea que entrar al banco y leerle el aura a alguien. La República Popular de Santa Mónica, pensó. Tienes que amarla. Lo tiene todo, todo el año. Temperatura de 24.º grados, la playa, el océano Pacífico, las palmeras, máquinas expendedoras de droga, y aparentemente todos los locos vagabundos de la Costa Oeste, todo junto en una superficie de unas pocas millas cuadradas.

—Así que amarilla, ¿no? —dijo ella—. Es bueno saberlo. Debe ser porque soy Tauro. Bien, ¿en qué puedo ayudarle hoy? Alejó su pie de la alarma y bajó su mano para masajear su muslo adolorido.

—Olvídelo, ¿sí? —dijo él—. No debí haber dicho nada.

Apenas se volvió y vio la fila detrás de él. Luego, volviéndose a ella, sostuvo el abultado sobre en el aire.

—Necesito una caja de seguridad. En el sitio web del banco decía que ustedes todavía tienen.

—Así es. Le traeré un formulario. También necesito dos identificaciones diferentes.

El hombre se irguió.

—No tengo identificación. Pero puedo pagar en efectivo, doce meses por adelantado.

—Señor, las regulaciones federales...

La cajera junto a ella, una chica latina recién salida de la universidad que había trabajado a su lado por los últimos meses, le echó una mirada comprensiva. Trabajando en un banco te acostumbras a que la gente sea grosera contigo. Aunque tú no haces las reglas, informarle a la gente que hay reglas y procedimientos a seguir te hace quedar a ti como un maldito, no a ellos. No te tiene que gustar como reaccionan algunas personas, pero te acostumbras rápidamente y lo aceptas como otra parte de tu trabajo. O bien puedes buscar otro trabajo, lo que en esta economía es lo mismo que rendirse.

Su corazón latió más fuerte cuando vio que el hombre metía la mano en su chaqueta.

—Señora, es muy fácil. Tome mi dinero y mi sobre. Lo pone en una caja. Me da una llave y un número.

Ella pudo escuchar como apretaba los dientes al hablar. Él sacó un sobre tamaño carta, lo abrió y pasó su pulgar por un montón de billetes grasientos. Ella se relajó un poquito.

—Si quiere puedo pedirle al gerente que hable con usted —dijo ella.

Comenzó a darse vuelta cuando de pronto, sintió que la mano del hombre salía de la nada y sujetaba con fuerza su mano a través de la ranura bajo la ventanilla de seguridad. La venda se había caído y ella podía ver la herida. Era una masa en forma de estrella llena de pus amarillo y sangren que cubría el dorso de su mano. Ella ni siquiera se había dado cuenta de que él se había movido. No había visto pasar la mano a través de la ranura. Un momento no estaba y al otro estaba allí. El pulgar del hombre le apretaba el plie-

gue entre el índice y el pulgar tan fuerte que apenas se podía mover.

Ella intentó liberarse pero él apretó más fuerte aún. Le dolía y mucho, el dolor le subía por el brazo. Movi6 su pie y apretó el botón de alarma.

CAPÍTULO 3

El hombre soltó su mano tan rápido como la había sujetado. Ahora, ella se sentía como una tonta. Obviamente, después de apretar el botón no se puede anular la alarma. Él la había sujetado, la había agredido, sí. Pero no era un robo.

Sus miradas se encontraron. Sus pupilas se abrían y cerraban rápidamente una vez más.

—¿Por qué hace eso, eh? Yo no iba a lastimarla.

—¿Por qué hice qué? —preguntó ella, aún demasiado nerviosa por todo lo sucedido como para llamarlo «señor». Ahora había dos personas asustadas, y ambas en un grave problema.

—Activó la alarma —dijo él.

Ella no podía negarlo. ¿Pero cómo era posible que él lo supiera? ¿Por su posición del otro lado del mostrador? No, ella había estado así cuando él llegó.

Vio la pistola metida en la cintura de sus pantalones camuflados. Sintió como el alivio corría por su cuerpo. Él tenía un arma. Él la había sujetado y tenía un arma. En ese momento sintió como cambiaba de una empleada que metería a un cliente molesto en un gran problema a una siempre vigilante empleada, incluso una heroína.

—No sé a qué se refiere, señor —dijo ella, recuperando rápidamente la compostura.

Él comenzó a empujar el sobre carta lleno de dinero por la ranura.

—Tenga, tómelo todo. Quédese con lo que sobre.

Sacó un bolígrafo del bolsillo de su pantalón. Su chaqueta bajó rápidamente para ocultar la culata del arma.

La caballería debía estar en camino. Afuera, ella podía ver como el tráfico en Pico Boulevard disminuía gracias al sistema automático de semáforos que limitaba el tráfico de tres manzanas a la redonda, dejando todo coche más allá de ese radio detrás de un muro de luces rojas, excepto por los carriles para girar, que quedaban vacíos para uso de la policía.

El hombre garabateó una dirección de correo electrónico en el dorso del sobre Manila e intentó empujarlo a través de la ranura.

—Necesito que me mande el número de la caja a esta dirección de *e-mail*. Nada más, solo el número. Ellos se darán cuenta donde está —el sobre estaba atascado por la mitad. Él lo empujó y los lados se comenzaron a rasgar—. Siento mucho haberla asustado.

Miró rápidamente la dirección de correo electrónico escrita con prisa en el sobre. Cuando levantó la vista vio como dos coches negros con vidrios ahumados estacionaban frente al banco. Dos patrullas del Departamento de Policía de Santa Mónica estaban al otro lado de la calle, y los policías trataban de acorrallar a la multitud de boquiabiertos curiosos. Las puertas de ambos coches negros se abrieron en perfecta sincronía. Vio cuatro hombres saliendo. Era difícil diferenciarlos, aunque uno de ellos era algo mayor y tenía un traje debajo del chaleco antibala, mientras que los otros tres lucían uniformes militares. Sus pantalones eran iguales a los del hombre frente a ella, quien había sacado el arma.

Apuntó con ella en dirección del guardia de seguridad, quien ya había desenfundado su arma. Los cuatro hombres se acercaban a las puertas al tiempo que los clientes se escondían bajo escritorios. Detrás de sillas o expositores, en cualquier lugar donde encontraran protección. Los únicos aún de pie dentro del banco eran ella, el guardia de seguridad y el hombre con el arma. La ventanilla de seguridad

era lo único que la separaba de las dos armas, y el miedo más primario la inmovilizó. Lo que le asustaba eran los hombres de los coches negros. Los hombres se desplazaban con movimientos calculados, sus rostros parecían esculpidos en granito. Tres de ellos cargaban rifles de asalto.

Ella vio como el guardia de seguridad miraba rápidamente sobre su hombro hacia los hombres.

—Baja el arma —le aconsejó el guardia— antes de que alguien salga herido.

El hombre habló.

—Es mejor que hagas lo que te dije. Si te encuentran con ese sobre, ellos...

Ella estaba inmóvil, no podía moverse. Se sentía atrapada en cemento.

El hombre levantó el arma de manera tal que la mira ya no apuntaba al guardia.

Abrió su boca lo más que pudo y se metió todo el cañón. Lo apretó con los dientes. Ella vio como su dedo índice apretaba el gatillo, la yema del dedo apretándose hasta el olvido.

Ella se encogió al escuchar el tiro. Sesos y sangre salpicaron la ventanilla a solo centímetros de su rostro. Sus manos soltaron el sobre y cubrieron su rostro. Se tapó los ojos, pero los mantuvo abiertos. Escuchó gritos, pero parecían distantes. Una figura de Rorschach en rojo y gris goteaba lentamente en la ventanilla. Un fragmento de hueso se había incrustado en el Plexiglás. Sus ojos fueron del borde serrado de hueso al hombre del traje. Sus miradas se encontraron. El hombre la miró a ella, luego al cadáver en el suelo. Luego, sus ojos se clavaron en el sobre. Algo le dijo que lo que había dentro de ese sobre no era nada bueno.